

Y ahora pasemos a la *memoria*, tesoro de las ideas que proporciona la invención y guardián de todas las partes de la retórica. Ocasiones más oportunas tendremos para explicar si la memoria depende de la técnica o si su origen está entero en la naturaleza. Hablaré ahora de esta materia dando por supuesto que en ella la técnica y los preceptos son de suma importancia. Por mi parte, creo que existe un arte de la memoria. En otro lugar diré por qué pienso así. Por el momento mostraré en qué consiste la memoria.

Existen dos tipos de memoria: una es natural, la otra producto de la técnica. La *memoria natural* es la que aparece de manera innata en nuestras mentes y nace al mismo tiempo que el pensamiento. La *memoria artificial* es la memoria que ha sido reforzada por cierto aprendizaje y una serie de reglas teóricas. Pero, al igual que en cualquier otro aspecto, las dotes naturales rivalizan a menudo con el saber adquirido y, por su parte, la técnica consolida y desarrolla las cualidades naturales; lo mismo ocurre en este caso, y la memoria natural, cuando es de naturaleza excepcional, rivaliza en ocasiones con la artificial y, a su vez, la memoria artificial conserva y desarrolla las cualidades naturales gracias a las reglas del arte.

Por ello, para alcanzar la perfección, al igual que la memoria natural se ha de reforzar con el aprendizaje, la memoria que se adquiere con el aprendizaje requiere unas cualidades naturales. En este caso sucede ni más ni menos que en las otras artes, que la doctrina brilla con ayuda de la habilidad natural y las cualidades naturales lo hacen gracias al aprendizaje. Por ello también serán útiles estos consejos para quienes tienen una buena memoria natural, como tú mismo podrás comprender en seguida. Y aunque esas personas, confiadas en sus capacidades naturales, no necesitan nuestra enseñanza, tendríamos sin embargo una buena razón para querer ayudar a los menos dotados. Ahora hablaremos de la memoria artificial.

La memoria artificial está formada por *entornos* e *imágenes*. Llamamos *entornos* a ámbitos determinados por la naturaleza o por la mano del hombre, de dimensiones reducidas, completos y específicos, de características tales que podemos fácilmente asirlos y abarcarlos con la memoria natural. Por ejemplo, una casa, un intercolumnio, una habitación, una bóveda o cualquier cosa parecida. Las *imágenes* son formas, símbolos, representaciones de aquello que queremos recordar. Así, por ejemplo, si queremos recordar un caballo, un león o un águila, deberemos situar sus imágenes en un entorno específico.

Ahora mostraré qué tipos de entornos hay que buscar y cómo encontrar las imágenes y situarlas en ellos. Los que conocen las letras pueden escribir con ellas lo que se les dicta y leer en voz alta lo que han escrito. De la misma manera, los que han aprendido la mnemotecnia pueden colocar en los

entornos lo que escucharon y gracias a ellos recitarlo de memoria. En efecto, los entornos son como las tablillas de cera o los papiros, las imágenes son como las letras, la disposición y localización de las imágenes es como la escritura y pronunciar el discurso es como la lectura.

Por consiguiente, si queremos recordar muchas cosas, debemos procurarnos muchos entornos para poder situar en ellos un gran número de imágenes. Creo también que es necesario ordenar esos entornos para que su confusión no nos impida seguir las imágenes y podamos partir del entorno que queramos, sea cual sea su posición en la serie, al comienzo o al final, y localizar y expresar así lo que hemos situado en esos entornos.

Pues de la misma manera que si viéramos cierto número de conocidos, dispuestos en orden ante nosotros, importaría poco que comenzáramos a nombrarlos por el principio, por el final o por el medio, así, siempre que los entornos estén ordenados, dejándonos llevar por las imágenes y comenzando por cualquier lugar podremos decir lo que hemos situado en esos entornos. Por ello interesa disponer los entornos siguiendo un orden.

Deberemos estudiar con especial cuidado los entornos que hemos elegido de manera que se graben en nosotros para siempre, pues las imágenes, como las letras, se borran cuando no se utilizan, pero los entornos, como la cera, deben perdurar. Además, para evitar cualquier error en la enumeración de los entornos, conviene señalarlos de cinco en cinco. Por ejemplo, si en el quinto entorno colocamos una mano de oro, en el décimo a algún conocido que se llame Décimo, después será fácil poner signos semejantes cada cinco entornos.

Por otra parte, es preferible elegir estos entornos de lugares desiertos antes que frecuentados, pues la afluencia de personas y sus idas y venidas alteran y debilitan los rasgos de las imágenes mientras que los entornos desiertos conservan intactas sus formas. Además, hay que elegir entornos que difieran por su aspecto y naturaleza, de manera que puedan distinguirse fácilmente por su diversidad. En efecto, si alguien elige muchos intercolumnios, el parecido creará tal confusión que no sabrá ya qué ha puesto en cada entorno. Hay que elegir también entornos de dimensiones reducidas, aunque no excesivamente pequeñas, pues los demasiado amplios hacen que las imágenes resulten vagas, y los demasiado pequeños a menudo parece que no podrán contener las imágenes. Los entornos tampoco deben ser ni demasiado brillantes ni demasiado oscuros, para que la oscuridad no oculte las imágenes ni el resplandor las haga deslumbrar. Los intervalos entre los entornos deben ser de dimensiones medias, poco más o menos sobre los treinta pies, pues el pensamiento es como la vista, que tiene menos fuerza cuando se aleja o cuando se acerca demasiado al objeto que debe contemplar.

Aunque es fácil para quien tiene una experiencia relativamente amplia obtener tantos entornos y tan apropiados como desee, sin embargo quienes piensen que no encontrarán entornos bastante

apropiados podrán disponer de tantos como quieran, pues la imaginación puede concebir a su gusto cualquier espacio y formar y construir en él un entorno. Por lo tanto, si no nos satisfacen los entornos que están a nuestra disposición, podremos mentalmente determinar para nosotros mismos un espacio y disponer en él entornos apropiados, fáciles de distinguir.

Puesto que las imágenes deben parecerse a los objetos y para nuestro propio uso tenemos que elegir semejanzas de todas las palabras, debe haber, por tanto, dos clases de semejanzas, unas con los objetos, otras con las palabras. Las semejanzas con las cosas se logran cuando formamos una imagen que resume el asunto en cuestión. Obtenemos las semejanzas con las palabras cuando el recuerdo de cada nombre o de cada término se conserva gracias a su imagen.

A menudo recordamos todo un conjunto de objetos con un solo signo y una sola imagen. Por ejemplo, el acusador dice que un hombre fue envenenado por el acusado, asegura que cometió el crimen para apoderarse de la herencia y sostiene que hay numerosos testigos y cómplices del hecho. Si para facilitar nuestra defensa queremos recordar este primer punto, nos formaremos un primer entorno con la imagen de todos los hechos. Si lo conocemos personalmente, nos imaginaremos a la víctima de la que se trata enferma y acostada en su lecho. Si no lo conocemos, para poder recordarlo rápidamente nos imaginaremos algún otro enfermo, siempre que no sea de una clase inferior. Situaremos al acusado junto al lecho del enfermo, con una copa en la mano derecha, en la izquierda las tablillas y en el dedo anular unos testículos de carnero. De este modo podremos recordar los testigos, la herencia y el muerto envenenado. Ordenaremos después de la misma manera cada punto de la acusación en un entorno apropiado; así, cuando queramos evocar algún punto, recordaremos fácilmente lo que queramos si disponemos las imágenes con cuidado y las caracterizamos con sus rasgos más señalados.

Expresar mediante imágenes las semejanzas con las palabras nos exigirá un mayor esfuerzo y poner a prueba nuestra imaginación. Debemos hacerlo del siguiente modo:

Ya su regreso a la patria los reyes Atridas preparan

En un primer entorno debemos situar a Domicio levantando sus manos al cielo mientras es azotado por los Reyes Marcios. Esto representará las palabras "ya su regreso a la patria los reyes". En un segundo entorno pondremos a Esopo y a Cimbro caracterizados como Agamenón y Menelao para representar la *Ifigenia*. Esto será "Atridas preparan". Así todas las palabras estarán recogidas. Pero esta disposición de las imágenes sólo nos sirve si mediante esta notación ejercitamos la memoria natural, leyendo primero para nosotros mismos dos o tres veces el verso en cuestión y expresando luego las palabras con imágenes. De esta forma la teoría complementará a la naturaleza. Pues aunque ni una ni otra tendrían la menor fuerza si estuvieran separadas, debo hacer notar que la

teoría y la técnica son mucho más útiles. No dudaría en demostrar este punto si no temiera que, al apartarme del plan propuesto, no respetara tan fácilmente la brevedad y claridad de mis preceptos.

Ahora bien, puesto que suele ocurrir que determinadas imágenes son fuertes, agudas y apropiadas para el recuerdo, y otras son tan blandas y débiles que no sirven para estimular la memoria, hay que buscar la causa de esta diferencia para que, al conocerla, podamos saber qué imágenes debemos evitar y qué otras elegir.

Es la propia naturaleza la que nos enseña lo que debemos hacer. Cuando vemos en la vida diaria cosas insignificantes, ordinarias, habituales, no solemos recordarlas porque no hay nada novedoso ni extraordinario que conmueva nuestro espíritu. Pero si oímos o vemos algo que sea excepcionalmente vergonzoso, deshonesto, inusual, grande, increíble o ridículo, solemos recordarlo mucho tiempo. Así, olvidamos habitualmente lo que estamos oyendo o viendo de forma inmediata ante nuestros ojos pero a menudo recordamos perfectamente lo que sucedió en nuestra infancia. Y esto sólo puede deberse al hecho de que las cosas ordinarias se borran de la memoria con facilidad, mientras que las cosas destacadas y novedosas permanecen más tiempo en la mente. Nadie se sorprende ante la salida del sol, su recorrido y su ocaso porque ocurre todos los días. Pero se admiran los eclipses de sol porque se dan pocas veces y se admiran más los eclipses de sol que los de luna porque estos últimos son más frecuentes. La naturaleza nos muestra que no es sensible ante las cosas vulgares y habituales, pero que se deja conmover por lo novedoso o los temas extraordinarios. El arte, pues, deberá imitar a la naturaleza, descubrir lo que desea y seguir el camino que le traza, pues no hay nada que la naturaleza haya descubierto la última o en lo que la ciencia le haya precedido. Pero si los principios de las cosas surgen de las cualidades naturales, es el aprendizaje el que los lleva a sus objetivos.

Por consiguiente, deberemos formarnos imágenes de la clase de las que pueden ser guardadas largo tiempo en la memoria. Lo lograremos estableciendo semejanzas tan marcadas como podamos; empleando imágenes que no sean mudas ni etéreas sino que representen algo; confiriéndole una belleza excepcional o una fealdad singular; embelleciendo algunas, por ejemplo, con coronas o vestidos de púrpura, para poder retener mejor su parecido; afeando otras, por ejemplo, presentando un objeto manchado de sangre o de barro o pintado de rojo, para que su aspecto sea más llamativo; o atribuyendo a las imágenes rasgos divertidos, pues también este recurso nos permitirá conservar más fácilmente su recuerdo. Porque recordamos con facilidad estas mismas cosas cuando son reales y no nos cuesta recordarlas cuando las imaginamos si están bien caracterizadas. Pero deberemos hacer lo siguiente: recordar mentalmente una y otra vez y con rapidez los entornos iniciales de las imágenes para refrescarlas.

Sé que la mayoría de los escritores griegos que han tratado sobre la memoria se esforzaron en reunir imágenes correspondientes a numerosas palabras, de manera que las personas interesadas en aprenderlas de memoria las tuvieran a su disposición sin necesidad de perder su esfuerzo en buscarlas. No estoy de acuerdo con su método por diferentes razones. En primer lugar, porque, dado el número incalculable de palabras, sería ridículo ofrecer imágenes para un millar de ellas. ¡Qué poco valor tendrían cuando tuviéramos que recordar de la infinita abundancia de palabras ahora ésta, ahora aquélla! Por otra parte, ¿para qué querríamos impedirles a otros el esfuerzo y evitarles la necesidad de buscar ellos mismos las imágenes ofreciéndoles ya preparados los resultados de nuestra investigación? Además, cada persona es sensible a una semejanza determinada y suele ocurrir que, cuando decimos que un retrato se parece a alguien, no todos se muestran de acuerdo, pues cada uno tiene una impresión diferente. Lo mismo ocurre con las imágenes, y la que para nosotros está bien caracterizada a otros les parece poco señalada. Por ello es preferible que cada uno se procure las imágenes que le resulten más apropiadas. Por último, la tarea de un maestro es enseñar el método de investigación que convenga en cada caso y presentar para mayor claridad una muestra o dos, a modo de ejemplo, pero no todo lo que pertenezca a una determinada categoría. Cuando hemos discutido las formas de buscar los exordios, dimos un método para encontrarlos, no presentamos mil clases de exordios. Así creo que conviene proceder en el caso de las imágenes.

Ahora, para que no se te ocurra pensar que la memorización de las palabras es demasiado difícil o poco útil, y para que no te contentes con recordar las materias porque son más útiles o más fáciles, debo indicarte los motivos por los que no rechazo la memorización de las palabras. Creo, en efecto, que quien desea realizar cosas fáciles sin esfuerzo ni pena previamente debe haberse ejercitado en las difíciles. Además, no incluyo la memorización de palabras para poder recordar versos sino para reafirmar con el ejercicio esa memoria de los hechos que es de gran utilidad y poder pasar así sin esfuerzo de esta difícil práctica a los ejercicios fáciles.

Pero así como en cualquier disciplina artística la enseñanza teórica resulta inútil sin un ejercicio intenso y asiduo, de bien poco sirve la teoría en la mnemotecnia si no se refuerza con el trabajo, la aplicación, el esfuerzo y la diligencia. Podrás procurarte el mayor número de entornos, adaptados lo mejor posible a mis preceptos, pero para situar en ellos las imágenes deberás ejercitarte todos los días. Aunque nuestras ocupaciones nos aparten momentáneamente de otros estudios, ningún motivo debe alejarnos de éste. En efecto, no hay ningún momento en que no queramos confiar algo a la memoria, especialmente cuando nos ocupamos de algún asunto de cierta importancia. Por ello, como es útil recordar con facilidad, no se te pasará por alto cuánto esfuerzo hay que dedicar para adquirir esta cualidad que nos resulta de tan gran utilidad. Podrás apreciar este consejo cuando hayas experimentado sus beneficios